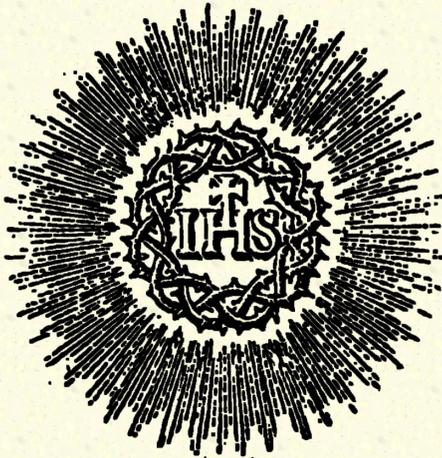


APUNTES
SOBRE LA VIDA Y VIRTUDES
DEL
JOVEN JESUITA ESCOLAR
MANUEL HERRERA,
muerto en Quito, el 24 de febrero
DE 1874.

*Placens Deo factus est dilectus, et
vivens inter peccatores translatus
est. Lib. Sapient. cap. IV, v. 10.*



QUITO

IMPRESA DE JUAN CAMPUZANO.

I.

Privilegio es de la inocencia el ignorar los males de la vida y pasar por ellos como por un lecho sembrado de blandas flores. Parece que Dios, amador eterno de aquella, preserva á los que llevan ese envidiable sello de predileccion de la funesta ciencia del mal, haciéndoles brillar con la primitiva lumbre de justicia en las ciegas tinieblas que envuelven á la masa comun de los mortales.

Cuanto es mas grande un cuadro, si en él sólo deben pintarse miserias, como en la vida del hombre, se hace mas lastimoso y conmovedor á los ojos y al corazon. La misma virtud en la heroica lucha que continuada se prolonga desde la cuna al sepulcro, no carece de esos rasgos trágicos que nos obligan ménos á admirar que á compadecer las angustiosas victorias del justo.

No así en el pequeño cuadro que contiene la figura apacible y de encantadora belleza de quien, naciendo en la tierra, fué hallado digno de ser trasplantado para inmarcesible florecer en el cielo. La frescura de su colorido, la gracia inocente de sus delicadas formas, el incomparable primor de su fisonomía y la hermosura que derraman en toda ella la pureza y el candor, que fueron su alma y su vi-



da, nos revelan en el órden sobrenatural el tipo ideal del ángel realizado en un jóven á quien Dios llamó y le hizo su hijo. Nada hay en esta figura que despierte el dolor ni haga sensible á los ojos el aire sombrío de la tristeza que allí no existe. Todo en él es risueño, dulce y sereno: los límites estrechos en que se encierra la esfera de su actividad son el remedo, ó mas bien, una copia fiel de un dia pasado en el paraiso.

La muerte que es la destruccion de la vida para todo hombre, no es poderosa en el inocente sino para hacerle dormir. Su sueño es á lo mas el glorioso idilio de la carrera mortal, no la catástrofe terrorosa de ella. Si hay un féretro donde no se debe llorar, es solamente aquel donde el justo dejó en temprana edad un cuerpo virginal rodeado de los esplendores de la pureza y de la virtud.

De esta dichosa muerte, si podemos llamar así á lo que es en Dios un efecto de su maravillosa providencia y bondad, fué, segun creemos, participante afortunado el jóven, cuya vida lijera y compendiosamente empezamos á escribir.

II.

Nació nuestro puro y amable Manuel en la muy noble ciudad de Quito, cuna ilustre de

la bienaventurada Virgen Mariana de Jesus, el 25 de junio de 1849.

Sus padres ricos de fe y de cristiandad, mas que de títulos para las grandes vanidades de la tierra, vieron en ese niño un tesoro que no era suyo; y que si la Providencia por una ley general lo confia al cuidado de los que la representan en el mundo, es sólo para que le entreguen íntegro á la virtud que es su dueño.

Este instinto sagrado que hace ver tan claro los sublimes destinos que fija Dios á los hijos de padres cristianos, es un fanal de luz para estos perpetuo, que alumbra y santifica sus afanes en las enalidades que lleva anexas el amor de la naturaleza. Renacido en las puras aguas del bautismo y confirmado mas tarde con el sello de la gracia creció el niño bajo la sombra del hogar y cuidadoso amparo de quienes, con razon, formaba en los años infantiles su esperanza y sus delicias. Era Manuel el primer hijo que fundaba la familia, y el Señor le tenia destinado á que fuese la primicia de su casa ofrecida á su honor y á su gloria. Por esto la naturaleza y la gracia prepararon en él preciosas dotes, que en hermosa armonía, debian brillar con el resplandor primero de su razon. La conciencia moral se forma en los niños comunmente

á la par del sentimiento religioso, y son pocos los seres privilegiados en quienes la Religion que consagró tiernamente su cuna, se previene y se ostenta mas poderosa que cualquier otro principio natural y puramente humano: de este número fué, nuestro Manuel.

Dotado de un genio vivo, alegre y cariñoso que reflejaba la gracia de la infancia, se notaba en el fondo de sus pequeñas y volubles acciones el bellísimo carácter de la modestia y del candor, y un grato perfume de inocencia se extendia en todo su ser, de modo que no era difícil adivinar, que en su índole dominaba la virtud, imprimiéndole el sello de la santidad y del respeto. De tan preciosas y raras cualidades puestas en germen en un corazon formado para el bien, espontánea y precozmente brotaron las delicadas flores con que ciñe la religion las puras frentes de la niñez.

III.

La inclinacion de su ánimo á la virtud fué en sus tiernos años una necesidad irresistible que absorbió gran parte de los festivos pasatiempos de la infancia y realzó con el atractivo encantador de la piedad los que indispensablemente son precisos en la corta edad.

Una llama viva de amor se encendió en su corazón hácia la Reina del cielo, tipo divino de ternura y de belleza, y que sólo es dado á la inocencia el gozar de sus favores y de su gracia con la confianza de un hijo. Llamábala dulce y ardorosamente su Madre. Tenía apénas siete años, y el ferviente amador de María le mostraba lo entusiasta de su devoción en el rezo, que no dejó un solo día del santo rosario, teniendo como un violento despojo de su derecho el que alguien quisiese entre los de su familia hacer de cabeza en la dicha oración. No era posible contenerle á que en lugares públicos y privados, contemplando su imagen, dejase de saludarla con profundas y continuadas reverencias, y las repetía con tal frecuencia el venturoso niño, que su actitud y sus ademanes en tales circunstancias, vistas por otros, les hicieron concebir ó sospechar que tuviese perturbada la razón. Dijéronlo á sus padres; pero estos sabían bien que tales espectáculos eran casi habituales en su hijo y que los hacía movido por un espíritu mas alto del que se presta á interpretaciones humanas.

La santa Misa fué para él en su tierna edad una verdadera golosina, y á proporcion de crecer aquella, un objeto santo que embebió su alma en la piedad y fructificó en su

corazon los mas fervorosos votos del culto. Asistia á ella todos los dias, y era de ver y admirar, miéntras duraba el sacrificio, la modestia y compostura, la atencion y el recogimiento reverentes de este piadoso niño, que, sin saberlo todavía, era ya un ejemplo no desprovisto de edificacion á los ojos de los que le contemplaban.

La preparacion para la primera comunión suele ser para los padres cristianos el mas activo y santo de los afanes que consagran al aumento de gracia y conservacion de la inocencia de sus hijos. Para un acto tan grande y solemne y que deja en la vida indeleble recuerdo, se dispuso el niño con ardientes súplicas, viendósele privarse en la corta edad de nueve años del sueño y levantarse á las tres de la mañana para pensar, como él decia, en el inmenso favor que Dios le hacia en venir á morar en su pecho.

Al consagrar el Señor de la majestad con su presencia el alma de su pequeñuelo, que le era tan querido, no es fácil describir el ardor que dejó en su corazon como un rastro divino de su inefable bondad. Creció la vehemencia de su amor á Dios de una manera tan viva y fervorosa, que su mayor anhelo era calmar sus ansias en el maná celestial de que se apacentaba gozoso cada ocho dias,

disponiéndose siempre con lo que él llamaba oracion, y que no era mas que las inspiraciones y complacencias internas de un ángel en el momento de recibir el mas sublime y perfecto de los beneficios.

IV.

Evidentemente en este tiempo se vió un notable cambio que se operaba en su ánimo, y que aunque interviniese en él la naturaleza por la edad de la discrecion, sin embargo era efecto principal producido por la virtud que en él habitaba, y le hacia sentir el dulce imperio de su fuerza.

Su índole alegre y expansiva, junto con la vivacidad que caracterizan la infancia, empezó á tomar las formas del reposo y de la modestia, que con la serenidad apacible de su alma, vino á dar por resultado ese bello complejo de compostura y de moderacion que le hicieron verdaderamente encantador á cuantos le miraban. Sus acciones se sentian dirigidas ya con esa prudencia y acierto propias de quien tenia conciencia clara de ellas, y como el amor del bien era la secreta ley que le impulsaba en sus obras, sabia encubrirlas con ese tinte de candor amable que expiran en torno de sí las almas inocentes al poner su tímida.

planta en los viduales de la vida del siglo.

Algunos pequeños sinsabores que encontró al principio de su carrera y llevaron á su corazón tierno el sentimiento de la pena ó las sombras mustias de la tristeza, no lograron ajar ni marchitar en nada su tranquila serenidad, y fué desde entónces ya maestro en saber ocultarlas hasta el punto de ser imposible conocerlas sus propios padres.

Cayó lijeramente enfermo por dos veces durante su niñez; pero no tanto, que pudiesen eximirle de padecer vivos dolores é incomodidades, que en los de su edad les abre franca puerta al lloro y á la queja. No soltó nuestro Manuel ni una lágrima ni el menor quejido que mostrase el sufrimiento: su alma serena y contenta transfundia en su semblante una aura de calma y resignacion que admiraban y enternecian.

Suave, dulce y siempre bondadoso, gastaba el tiempo que le quedaba libre de sus prácticas religiosas y ocupaciones de escuela en jugar inocentemente con sus hermanos; y como si el amor de la pureza fuese para él su mas usual y permanente criterio, distinguia á los mas pequeños de entre ellos para colmarlos de caricias y rendir con eso un culto singular y de preferencia á esa virtud incontaminada y que resplandecia con tan nítidos rayos en su

corazon candoroso. De aquí provino en él esa circunspeccion marcada con las personas extrañas y esa ruborosa timidez que le hacia respetable á las propias.

Sólo la caridad poseia el privilegio de impresionar tan fuertemente el alma de ese niño, que á su accion perdia la tranquilidad su espíritu, y se manifestaba en completa turbacion.

Reservaba para esos casos toda la vehemencia del deseo y la importunidad de sus ansias, que no admitian demora en el pronto y cumplido socorro de quienes veia sufrir en la miseria. Atento y vigilante á las necesidades del pobre y del mendigo, le conducia á su casa con cariño, y ninguno salió de ella descontento ni afligido, sino satisfecho y lleno de gozo. Una ocasion viendo á una infeliz y anciana mujer que no tenia ni dónde albergarse y muy desconsolada por su situacion, la tomó sin hesitacion de la calle, y con lágrimas y súplicas que en tales ocasiones las sabia derramar á su gusto, obligó á sus padres á que se le diera un cuarto en que vivir, corriendo de su cuenta personal el alimento de la desgraciada. Tan bella y divina cualidad, que basta ella sola para formar un santo, la poseia nuestro niño en aquel grado de hermosura que la comunica el candor cuando el alma es sensible y pródiga

en la compasion por sus semejantes, como era la suya. En el uso frecuente de esta virtud desplegó una táctica fina que arrancó mas de una vez lágrimas de ternura á sus parientes.

En recoger y guardar las monedillas que se repartian entre sus hermanos para que comprasen frutas y dulces, fuera de las que su abuela, que le profesaba un tierno cariño, ponía á su disposicion y dominio, parecia un niño egoista en sumo grado; pues no gastaba un solo cuarto, y aún se pudo empezar á temer que naciese en él algun instinto de mezquindad ó de avaricia. No era así: "gasten, gasten decia, á sus hermanitos que le tildaban de guardoso, que yo no puedo hacerlo, pues nada me falta". Habia establecido el chico su caja, y el tesoro allí encerrado sólo se abria, y esto secretamente, á los pobres que eran sus dueños naturales. Nunca estuvo mas contento ni disfrutó jamás de un placer mas cumplido, que cuando distribuía profusamente á los indigentes el fruto de sus ahorros.

V.

Capital enemigo de la mentira y del engaño, no podia soportar nada que fuese contrario á la verdad sencilla, sin atenuaciones ni exa-

geraciones que la desvirtúan y la deforman. Su lengua no pronunció jamás una frase ambigua, ni una palabra que no fuese propia y adecuada al sentimiento de su alma. Esta inalterable dote en un niño de nueve años, y que entre las contradicciones casi naturales de las pasioncillas encontradas de amor y de recelo, de susto y de miedo, propias de tal edad que se amolda á mil tergiversaciones de la verdad de las cosas, nos parece enteramente maravillosa.

Al lustre de esta virtud sincera y noble, resplandeció con mas deslumbrante brillo todavía el respeto y veneracion hácia sus prójimos. La estimacion y forma de estos parecia que estaban encomendadas á su guarda y cuidado. Aborreció la murmuracion con todo el horror de que es capaz una alma que conoce lo vil y oscuro de la detraccion, por pequeña é inofensiva que sea. Su elocuencia vehemente en los casos en que se heria al prójimo era espontánea y ardorosamente indignada, cuando creia ser necesario el corregirle; pero cuando por las circunstancias de la mayor edad de las personas que caian en este desliz, se creia obligado al silencio; ó se separaba con cualquier pretexto de tales conversaciones, ó manifestaba en su semblante un profundo disgusto.

La obediencia y humildad de su ánimo



resplandeció como un sol en medio de tanta luz que esparcían sus virtudes. ¿Y cómo no debía ser así? Si sola la inocencia es también la docilidad suave y mansa por excelencia, ¡dichosos sus padres que no vieron en él ni en su conducta nada que pudiese afligirlos para el porvenir! ¡nada que revelase en su índole las marcas funestas que lleva generalmente nuestra naturaleza, impresas desde la niñez, y que más tarde se convierten en fuentes de pecar y remordimientos!

Sus entretenimientos eran no sólo inocentes, sino también santos. Dios le había dado en sus juegos infantiles un placer tan puro y completo, que era incansable en satisfacer su gozo en la repetición diaria de ellos. Sabía adornar sus altares con elegancia, y con gusto: remedaba el santo sacrificio de la misa con una exactitud en las ceremonias y devoción tan fervorosa, que sus pequeños hermanos no podían dejar de sentir parte de su piedad y recogimiento. En las grandes festividades de la Virgen la misa debía ser cantada y con toda solemnidad; seguían las letanías y otros himnos que cuidaba de enseñarles á los circunstantes, é inmediatamente empezaba el sermón.

Era un predicador inagotable y fecundísimo: las ideas se sucedían unas á otras, y muchas veces hablaba con tal propiedad de razona-

miento y fondo de conviccion, que personas mayores se admiraban y hasta se compungian de todas veras. Una señora especialmente habia quedado tan enamorada de sus discursos religiosos que no faltaba jamás á oirlos, y solia decir con toda seriedad que no tenia necesidad de ir á la iglesia cuando llamaban á sermon, pues lo tenia, y muy bueno en la capilla de su predicador. Las procesiones las hacia y dirigia con singular pompa, y, ay del chico travieso que se desbandase de las filas ó inquietase á sus compañeros con alguna risa, pues en tal caso paraba la procesion: en esto era intransigente. . . . Su encanto consistia principalmente en verse aperado de buenas vestiduras sacerdotales. Vestíase de la sotana Jesuita, cubria su cabeza con un bonete y, rodeadas sus espaldas de una capa, poníase á pasear largos ratos para preparar sus pláticas doctrinales, sermones morales y panegíricos.

Estaba pues inclinado al estado eclesiástico y especialmente á la Compañía de Jesus, que mas tarde habia de perfeccionar su educacion cristiana y científica; pero por entónces no se daba el niño cuenta de estas cosas.

VI.

Hay una preocupacion que se ha hecho vulgar, porque la ignorancia lo es en nuestros

tiempos, de que los talentos, el ingenio y las brillantes dotes intelectuales no se alían bien con la virtud y la piedad del alma. Decididamente los necios pretenden encontrar el tipo de la perfección humana al manifestarse esta altiva, orgullosa, independiente y libre. Ese fuego fatuo de desenvoltura que alumbra por momentos á la pretenciosa sabiduría mundana, sirve ante los ojos de los verdaderos sabios para descubrir toda la deformidad que presentan esas figuras cargadas de sombras y repugnantes por su infundada soberbia y egoísmo. El brillar en un cielo sereno y trasparente con las luces del saber, sólo es concedido á los que, naciendo grandes y por la virtud, pueden á beneficio de su influencia serlo también en la ciencia.

El vivo y penetrante ingenio de que se halló dotado este niño en los primeros ensayos de las letras fué sorprendente; parecia formado de una manera especial para resplandecer en su mente fácil á la comprensión, clara la verdad y sin nieblas. Una de las muestras raras de la precocidad de su talento fué el aprender en un solo día las letras del alfabeto, el unir las de viva voz en sílabas distintas y ordenadas á formar palabras, que llamamos vulgarmente decorar. Este negocio arduo y difícil en la edad de seis años, fué para Manuel un asunto termina-

do en pocas horas. Su memoria era prodigiosa: nada de lo que entraba en esa pequeña cabeza volvía á salir, sino que echaba allí profundas raíces; pues su imaginativa susceptible á innumerables impresiones, las detenía de una manera tenaz. Su institutor entonces jóven, y que hoy es el inteligente y virtuoso sacerdote Doctor Ignacio Bucheli, no podía ménos de maravillarse de los progresos rápidos de su alumno, siendo desde ese tiempo su mas ardoroso panegirista.

En solo el curso de un año quedó el niño perfectamente iniciado en la lectura, escritura, aritmética, geografía general, gramática castellana, moral y urbanidad, historia sagrada y principios de la religion cristiana. Las muestras de sus adelantos le cubrieron de aplausos y de gloria.

Notándose él mismo capaz de dar una direccion santa y nobilísima á sus progresos, se constituyó, sin que nadie se opusiera á su derecho, en lector de obras religiosas entre los de su familia. Era incansable en la dicha lectura, y no se creía satisfecho sino haciendo pruebas frecuentes de explicar á los suyos lo que él entendía en los libros. La exactitud de sus conocimientos en historia sagrada y doctrina cristiana especialmente, fueron de tal precision, que era necesario el que en tales materias

aún las personas graves se anduviesen contento para no caer en algun error ó confusion en las preguntas que se le hiciesen.

Perfeccionados y concluidos estos rudimentos de la enseñanza primaria, le hizo inscribir su padre entre los estudiantes de la Universidad para dedicarse al idioma latino, bajo la direccion de su profesor el señor Ventura Proaño.

La reunion de tantos jóvenes como acuden á un liceo tan público llega á ser una causa funesta y casi decisiva, para que con el trato y la comunicacion vengan á desmerecer las virtudes, á inquinarse el candor y aún á perecer la inocencia. La vida por otra parte agitada del estudiante en sus faenas cuotidianas, y la conducta variada y algun tanto maliciosa, ó por lo ménos traviesa de los que frecuentan ese género de estudios, se asemeja á una tempestad, pequeña si se quiere, pero violenta. ¡Cómo hacer reinar la virtud y derramar sus luces en un teatro donde los espectadores apenas tienen tiempo para pensar en ella? ¡Cómo pretender un niño ser respetado por su inocencia y amado por su modestia en ese palenque bullicioso donde se señala por tonto y cobarde al que no acude á tomar parte en esas pequeñas revoluciones y trastornos estudiantiles, que promueve el indócil é inexperto genio de la adolescencia! Aún hay mas. Es muy comun en los niños el conce-

bir odios implacables contra los adelantos de sus compañeros y perseguir con la sátira, la risa y el desprecio al que entre ellos descuelle por su talento y se singularice por su virtud.

Desventajas eran estas y muy grandes para nuestro Manuel; pero los aceros de la sólida virtud de este niño eran, por la bondad de Dios, superiores é invencibles. Su inmaculada inocencia, el candor de su pureza y el resplandor de su modestia, alcanzaron con la prueba un verdadero y completo triunfo. Dedicado asiduamente á su estudio, vivia solo en medio de sus compañeros de colegio. Nunca tomó parte en ninguna travesura. Silencioso, solitario, pero siempre urbano y amable; llevaba grabado en su semblante el aprecio por todos. Huia el ser testigo de algo que pudiera disminuir por el escándalo en su alma el respeto que profesaba á la estimacion del prójimo. Las conversaciones un poco libres que de vez en cuando suelen oirse entre niños inconsiderados no llegaron jamás á sus oidos. Tenia un esquisito tino para preservarse de entender cuanto puede ajar el sentimiento de la pureza ó mancharla. Por esto no contó durante el estudio de la lengua latina ni un solo amigo con quien compartir sus impresiones, y declarar-le sus sentimientos internos.

Mas, si es difícil, no es imposible á la

virtud el merecer la distincion y grangearse el aprecio de cuantos la miren y contemplen. Este aprecio y distincion para las almas privilegiadas es un digno galardón, al mismo tiempo que una corona con que Dios ciñe la tierra sien de sus elegidos.

El nombre de Manuel, á fuerza de bondad y de excelentes ejemplos, llegó á ser venerado entre sus compañeros, y gratisima su persona. Rodeábanle de consideraciones, y como era uno de los mas pequeños, no consentian que nadie le hiciera el menor daño. Con todo hubo ocasiones, especialmente en los momentos en que su ciencia siempre creciente, salia victoriosa de las rudas pruebas del profesor que le examinaba, en que alguno de sus émulo le dirigió palabras punzantes é injuriosas, pero las oyó con imperturbable serenidad y aún con amor. Parecia que el niño encomendaba y rogaba á Dios por sus gratuitos enemigos, y les mostraba en ocasiones determinadas, tal vez buscadas por él mismo, muchas pruebas de bondad y de cariño. No consintió en el círculo de sus admiradores y que le querian con entusiasmo, el que se hablase en contra de sus ofensores, y muchas veces trabajó con aquellos para que no tuviesen de su capacidad y aptitudes idea tan desmesurada.

Su profesor concibió por él una singular

predileccion; y fué grande su dolor, cuando por la venida de los Padres Jesuitas, tuvo que desprenderse de su querido discípulo, á quienes recomendó sus talentos y preciosas cualidades con un brillantísimo certificado, que no ponemos aquí porque deseamos ser breves.

VII.

El gobierno del Ecuador, católico por excelencia, quiso fundar sobre bases sólidas é indestructibles la educacion científica y religiosa de la juventud. Sus trabajos fueron coronados en el año 62 con un éxito que correspondió á sus nobles afanes y esperanzas. Gracias á sus activas gestiones auxiliadas por muchos padres de familia que anhelaban el bien de sus hijos, vino la Compañía de Jesus á nuestro país, y sus religiosos abrieron un colegio en esta capital, donde se recogió lo mas lucido de nuestros jóvenes.

Manuel fué uno de los primeros. Contaba entónces doce años de edad. Fué incomparable el gozo de este niño al entrar en ese plantel de educacion, donde impera en primera línea la virtud y rodea de los mas solícitos cuidados la inocencia del corazon y de las buenas costumbres, cimiento poderoso para embellecer y hermosear el templo de la ciencia.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION ECUATORIANA

Su virtud necesitaba expansion y libertad, y nada mas á propósito para satisfacer sus deseos que la ancha via que se le presentaba en su condicion de alumno interno en el colegio de san Luis. Dos son los ejes sobre que rueda el carro de la juventud que educan los Jesuitas, la Religión y la Ciencia. El corazon y el entendimiento se enriquecen á una de las luces de esta y de los tesoros de aquella; formando en su perfeccion la belleza típica del jóven cristiano y tambien del hombre. De aqui es que en la aplicacion práctica de tan benéfico sistema, las ocupaciones de los educandos se dividen entre la piedad y el estudio.

Desde luego nuestro niño, que por instinto natural, daba una preferencia de amor y de aprecio á la virtud mas que á la ciencia, se aplicó especialisimamente á cultivar con esmero las bellas plantas que ella habia sembrado en su corazon, para gozar al florecer de su perfume. Podia orar cuantas veces quisiese en los tiempos que su estudio lo permitia. En consecuencia se le veia habitualmente ocupado en este noble y sublime ejercicio, ya en union de sus compañeros, ya separado de ellos. Hacia frecuentes visitas al Santísimo Sacramento y á la Virgen, y rezaba su oficio parvo con singular devocion y ternura.

Profesaba grande amor á San Luis Gonza-

ga, lirio de pureza y ejemplar viviente de inocencia. Valido de su amparo é impelido sin duda de las influencias de su proteccion, asentó su nombre entre los que tienen la dicha de pertenecer á la congregacion, donde los jóvenes se dedican con ardor al servicio especial de la Reina del cielo. Nuestro Manuel, que fué uno de los fundadores de dicho cuerpo, tuvo la gloria de consagrarse á la Vírgen con una devocion y fervor que habria sido difícil descubrir en otro. La misa que diariamente se celebra en los establecimientos de la Compañía de Jesus, la oia con una compostura y modestia admirables. Confesábase cada semana, y á su costumbre de comulgar los domingos, aumentó los dias que estaban dedicados á las festividades de la Vírgen. En los dias en que se preparaba alguna funcion religiosa en honra de la Madre de Dios, desplegaba una incansable actividad; pues entonces pedia con instancias que se le admitiese de sacristan ó de simple ayudante, y de este modo satisfacía su gusto en componer el altar. El mes de María era para él el mes de sus delicias, y gozaba su alma candorosa de un placer inefable al verse circundado de una juventud que exhalaba su devocion filial á la Vírgen, á quien él mismo habia consagrado todo su amor. No sabia cantar, su voz no era melodiosa; pero sin



embargo su piedad conmovida al oír ese torrente de armonía que salía en conjunto sonoro de los pechos de sus compañeros, cantaba á su vez con singular entusiasmo. Las profundas reverencias de la niñez ante la imágen sagrada de María, no se cambiaron sino para dar lugar á largos y fervientes ratos de contemplacion sobre sus excelencias y divinas prerogativas.

Era muy inclinado á hacer sus novenas, cosa estraña entre niños; y fué rara la vez en que su mente y corazon no estuviesen ocupados en prepararse en la sucesión continua de una fiesta á otra. ¡Así, en estas bellas ocupaciones nutria los sentimientos de una piedad tierna, y volaban entre tanto los tiempos de la niñez y de la adolescencia, sin que llevasen en sus auras arrancado de sus labios ni un soplo de mal, ni un acento de amargura!

VIII.

Los progresos en sus estudios de gramática, retórica y filosofía, fueron sin disputa alguna, pasmosos. Su constante aplicacion le descubria campos extensos y vastos horizontes, donde esta alma tranquila dominaba con serena mirada cuanto se presentaba á su vista. Tuvo la dote especial de no concebir nada oscuro,

embrollado ó confuso. Oía con atención las doctrinas, escuchaba su desarrollo, y exponía sus dudas con tal precisión, que evidentemente aparecía en su modo de declararlas lo mucho que conocía y comprendía tales materias. En las matemáticas era versadísimo, y los artículos de enseñanza secundaria tan difíciles para el comun de los estudiantes, eran para él objetos de recreo por la facilidad con que los desenvolvía.

Siendo tan justamente distinguido por su capacidad y talentos entre sus compañeros, se deja ver que en los exámenes públicos con que se terminan los cursos ordinarios sería uno de los alumnos mas conspicuos que se presentasen en ellos. Salió en efecto á dichos exámenes en todos los años de retórica y humanidades, y en cada uno de los tres que encierra el estudio de las matemáticas y filosofía. Mereció en esas pruebas públicas de su aprovechamiento muchos aplausos y singulares consideraciones de los circunstantes que sabían ya distinguirle y concebir sobre él brillantes esperanzas.

Su virtud era todavía mas conocida, pues la modestia y agradable rubor que coloreaba su rostro al recibir la deuda debida á su mérito, parecía sentir grandemente el que se le ofreciesen tales favores.

Las medallas de honor que colgaban de su

pecho, llegó á tener seis, tres de las cuales eran de primera clase, y que en general halagan tan justamente la vanidad de los jóvenes de talento que gozan de pasearse por las calles con esas brillantes insignias y mostrarlas á sus padres como el fruto de sus áfanes, no excitaban en Manuel mas que el sentimiento de la modestia; pues las desprendia al momento, y las guardaba de tal modo que su adquisicion era para sus propios padres un misterio.

Así procede la virtud. Sencilla y noble, desconoce su valor y ofusca ella misma su brillo; pues no aspira al honor ni á la pompa del mundo: los bienes de éste estan bajo su planta, no los mira; por eso sus anhelos vuelan hácia arriba.

Al terminar sus estudios recibió un diploma honrosísimo en que se le reconocia como miembro ilustre del cuerpo académico del colegio, y su nombre se inscribió todavía mas ilustre entre los que obtuvieron el grado en Literatura.

IX.

Salió, pues, del colegio á la edad de diez y siete años. Era natural el que se le procurase algun desahogo, despues de concluidas las penosas tareas de los estudios preparatorios

para emprender carreras superiores y profesionales. En ese tiempo fué oportunamente nombrado por el gobierno, su padre el doctor Pablo Herrera, para formar parte de una legación diplomática y en calidad de secretario del actual presidente, doctor Grabiél García Moreno, que iba de jefe principal á la República de Chile. Quiso, pues, que le acompañase su hijo, y partió con él á dicha misión.

El deseo innato de recibir nuevas impresiones arrastra á la edad juvenil al ansia de viajar por el mundo. Este que puede llamarse un nuevo escolló en la vida inexperta y ardiente de la mocedad, no hizo en nuestro Manuel mas que agrandar sus ideas y darle un ejemplo palpable del vacío de los espectáculos humanos. Su inteligencia radiante con los encantos que le presentaba la naturaleza en regiones para él desconocidas hasta entónces, no disminuía en él los deseos del bien, ni el amor que rendía de preferencia á la piedad y religion. Y no se crea que su índole fuese opuesta á las gratas impresiones de la novedad y hermosura de las cosas; las penetraba vivamente y se las hacia propias, pero con la condicion de que fuesen inocentes y honestas. Su virtud desechaba todo cuanto aparecia con los caractéres de la vanidad, del fausto y del orgullo; nada decimos de aquello que

estaba pintado con los colores seductores de la profanacion, pues á tales objetos no se dignaba siquiera mirarlos, porque jamás tuvo cabida en su alma noble el sentimiento de la baja-za, ni de la torpeza en que ellos se envuelven.

Dichoso con la vista imponente de la naturaleza, escribia en su viaje para Chile á su familia los diversos sentimientos que su contemplacion marcaba en su alma. "Me he separado de Ud, decia á su mamá en una de sus cartas, con el cuerpo, pero no con el cora-zon; que eso es imposible. He visto el Chimborazo, cuyo paso por el caminante es tan temido. Gracias á Dios, lo hemos pasado con felicidad. El espectáculo que él ofrece á quien, como nosotros, lo ve de cerca es magnífico sobre toda ponderacion. Qué grande es Dios que ha creado tan grandes cosas! . . . Nos hemos embarcado en Bodegas para bajar por la mansa corriente de su rio hasta las márgenes del Guáyas. En todo el curso hasta Guayaquil la navegacion es rápida y muy agradable; pues sus bordes están embellecidos de árboles frondosos ó de sembríos perfectamente bien cuidados por los que los cultivan. Se siente al caminar el vapor que las costas se mueven con lijereza, parciendo que el barco está en reposo. Yo sabia que esta era una ilusion óptica, y

me costó trabajo darme cuenta de este fenómeno. Entramos á Guayaquil, bonita ciudad cuando ilumina el gas la extensa fila de edificios que se levantan á la orilla. En su interior no es tan buena; pero son muy hermosos y sobre todo aseados los templos. Pido á Ud. nos encomiende al Señor para que no nos suceda contratiempo alguno al salir al Océano &a.”

Llegado á Lima tuvo ocasion de conocer esa ciudad y de concurrir con su padre á alguna funcion lírico-dramática, que no le llamó la atencion ni ménos impresionó su ánimo. Es de advertir que nuestro jóven nunca salió solo á la calle sino con licencia de su padre y siempre para ir á la iglesia; por lo demas era inseparable de la casa en que vivia retirado del bullicio, y ocupado en sus prácticas de piedad ó en la lectura. Esta última debia ser para él no un entretenimiento fútil sino un estudio que le aprovechase sólidamente. Novelas, romances ó articulillos insustanciales de gaceta no los tomó jamás en sus manos.

Desembarcado en Valparaiso describia esta ciudad con estas frases encantadoras, que bien podian tenerse como trozos literarios escogidos de un observador juicioso y sabio. ”El clima de esta ciudad es templado y suave; no hace aquí el frio que dicen ser rigoroso en Santia-

go. Valparaiso es una linda ciudad, tan grande como Quito, pero mas vistosa y alegre. La mayor parte de la poblacion asentada sobre una extendida colina viene en un suave declive hasta la orilla de la bahía. Su aspecto es variado y tiene la forma en que se suele disponer un nacimiento. Las calles son angostas, á excepcion de unas pocas. Son mil veces mas torcidas que las de Quito, y tan lodosas que no se puede pasar de una acera á otra sin mojar el calzado. Proviene esto de los muchos carruajes y carretas que transitan incessantemente de la mañana á la noche. Las manzanas de las casas son tan irregulares que son muy pocas las perfectamente cuadradas. En esta parte, y con mucha mayor razon en lo que toca á las iglesias, Quito es incomparablemente mejor que Valparaiso."

La pintura que hace de Santiago es aún mas poética y respira ese aire de alegría tranquila que era el distintivo sello de su índole apacible y risueña. "La ciudad de Santiago es hermosísima y á mí me ha gustado mas que todo lo que hasta ahora conozco. Cuenta como cien mil habitantes. Las calles son rectas y espaciosas; sus edificios parecen mas bien palacios públicos que habitaciones de particulares; sus fachadas pintadas de diversos colores que estan distribuidos con tal gracia y gusto,

que sin ellos perderian gran parte de su belleza. La Alameda se halla en medio de la poblacion que la divide en dos partes. Es un gran espacio que tiene una cuadra de ancho y por lo ménos veinte de longitud. Los árboles plantados con profusion, en hileras y que se cargan de verdes hojas en la primavera, despiden el suave olor de nuestros bosques y proyectan desde sus levantadas copas una sombra fresca y agradable. La vista no alcanza á ver el fin de paisaje tan hermoso. Acuden al caer de la tarde para solazarse lo mas rico y lucido de la ciudad. Señores, señoras y jóvenes elegantemente vestidos, y montados en briosos caballos discurren por la arbolada y á lo largo de la extendida via. La música de los cuerpos militares hace oír ruidosas melodías. Pero nada mas armonioso y encantador para mí que la vista del cielo puro y en completa serenidad. He visto varias veces ocultarse el sol por encima de la cordillera que se contempla al frente: sus rayos son tan hermosos al reflejarse sobre la nieve que se vuelven encendidos en el horizonte como el oro y resplandecen como un rio de plata en la cordillera nevada.”

Hemos querido poner estas muestras de sus cartas, para que conzcan nuestros lectores la facilidad con que manejaba la pluma en asuntos tan difíciles de retratarse en el lenguaje familiar de una conversacion por es-

erito, y dirigido á personas á quienes no temia descubrir el fondo de su alma candorosa. Escusado es añadir que en todas sus comunicaciones se veia estampado profusamente el nombre de Dios y de la Vírgen. Tratando de explicar las causas de algunos acontecimientos que describia, los atribuia siempre á la voluntad del Señor. Sus pequeños negocios personales los tenia igualmente encomendados á Dios. "Si Dios no dispone otra cosa, decia, haré esto ó aquello, pero es mejor dejarlo á su providencia; á cuya voluntad debemos sujetarnos con gusto, pues él sabe muy bien lo que nos conviene mejor."

Escribiendo á su madre, le decia en otra ocasion. "No sé bailar, ni sabré nunca hacerlo; he asistido á algun baile aquí en Santiago. . . pero no es eso lo que importa." Despues de breves líneas añadia. "Un pobre jóven cayó muerto repentinamente miéntras bailaba." Evidentemente no quiso formular de una manera precisa su pensamiento sobre tales espectáculos, porque temió que el disgusto que le causaban esos entretenimientos fuese tal vez una falta de caridad contra el dicho jóven desgraciado.

Confesándose y comulgando con la misma frecuencia en Santiago que en su ciudad natal, fortificó nuestro Manuel su fe y aumentó

notablemente su piedad con los buenos ejemplos que vió entre los edificantes católicos de Chile. Consagra en sus cartas largos párrafos á la cristiandad y devocion de ese pueblo. Los RR. PP. de la Merced en Santiago, lo mismo que los de la Compañía de Jesus, llegaron á tener mucho cariño por él, y aún creemos que los primeros estuvieron muy halagados con la idea de que andando el tiempo pudiese pertenecerles como su miembro, abrazando su instituto. Convidáronle los buenos padres á comer en su propio refectorio, distincion que aceptó con gratitud y reconocimiento. Su exquisita urbanidad ajustada á los mas finos modales y ese aire de franca y respetuosa confianza que guardaba para con personas caracterizadas por su virtud y dignidad, les agradó sobre manera. Conocieron la belleza de su alma y su pronunciada inclinacion por todo lo bueno. Todo esto visto en un jóven de su edad y de sus precedentes, no pudo ménos que enamorar el corazon de esos religiosos, testigos por otra parte de la pureza de sus costumbres y del fervor de sus piadosas prácticas.

Manuel hasta entónces no reflexionaba sobre el porvenir. Creia sin duda, que la carrera de sus estudios interrumpida volveria á continuarse; pues nada habia de especial ó de nuevo en su corazon que le llamase á la ar-

dua y delicada empresa de elegir un estado. Para tal caso su virtud le hubiera proporcionado medios seguros é infalibles; pues, como mas tarde se vió, su espíritu decidió sobre su suerte con la oracion, la prudencia y el consejo que le hicieron evidente la voluntad de su Dios. Miéntras tanto descansó tranquilo y sin ningun temor; pues, segun su máxima, todas sus cosas las debia poner con plena confianza en las manos de la Providencia que tan paternal se habia mostrado con él desde la cuna.

Notóse sin embargo que los esplendores y magnificencia del mundo, cuyas principales muestras habia visto y contemplado, le causaban disgusto y embarazaban su modestia hasta el punto de no hallarse bien en ninguna de esas fastuosas impertinencias. Su carácter grave y reposado le hacia mirar con desden y hasta con lástima las explosiones de una alegría loca y ansiosa de impresiones en la corriente de los vanos placeres del siglo. Media efectivamente en silencio el vacío de las cosas humanas, y su clara inteligencia descubria en torno suyo un abismo, en que no temia ser despeñado, pues su confianza en Dios le libertaba de toda vacilacion.

El único deseo natural que le agitaba era el sagrado de volver al seno de su familia y

dejar pronto una tierra que le era extraña. Al expresarlo á su madre, supo contenerse en los límites que prescribe la virtud en lo mas delicado de sus leyes. "No veo el instante, le decia, suspirado de verla. Pensábamos salir de aquí muy ántes de ahorá, pero Dios ha dispuesto nuestra demora. Cuando él quiera, haremos con gusto su voluntad &a.

Interesado el gobierno de Chile en que permaneciese por algun tiempo mas la legacion Ecuatoriana, se vió obligado su padre, por haberse retirado el señor García Moreno, á quedarse de Encargado de negocios, y con él su hijo. Algunos arreglos que estaban pendientes se terminaron por este Señor en pocos dias y se vió en libertad para volver á su país.

X.

Llegó pues, á Quito nuestro Manuel, gordo, robusto y, gracias á la navegacion, en plena salud. Sus nobles modales, junto con su distinguida figura, habian ganado muchísimo en el viaje; por esto el gozo de su familia fué intenso al recibirle en su seno. Sus amigos de colegio participaron en su vista y afable trato de ese dulce placer que tiene la amistad cuando ella es sincera, pura, y está fundada en el grato recuerdo de la infancia.

Todo estaba dispuesto en este jóven para que el mundo concibiese sobre él las mas brillantes esperanzas. Bella educacion, dotes intelectuales abundantes, riqueza de imaginacion, prontitud de concepcion, vastísima instruccion, talentos distinguidos, gracia inimitable en el decir, formaban de él una de esas muestras raras, que de cuando en cuando se ven en las naciones crecer para ser el lustre y el honor de los pueblos. Añádese á esto las cualidades de su corazon ardiente y fogoso por la juventud, é inclinado por la naturaleza á recorrer ese largo camino de ilusiones, de pasiones y de dicha que forman el bello cuanto vano ideal de la adolescencia, y que en realidad no es mas que el contraste y la lucha constante que desvirtúa los años juveniles y los deja inertes é infecundos para el tiempo de la virilidad y de la edad madura. Un ángel que viniese al mundo y se encubriese con el ropaje de nuestra mortalidad y de nuestras miserias, apénas seria poderoso para no dejarse arrebatado de ese torrente de delicias que la seduccion del mundo le presenta á lo lejos como lo hace á los jóvenes, la imágen de la felicidad y del placer. Para contenerse en tan halagüeno cuadro de ventura y hacerse superior á la pendiente suave pero violenta de las esperanzas, del amor y del engaño, se

necesita de una alma heroica y verdaderamente grande. Manuel que, como todo mortal, sentia el peso de las exigencias de la naturaleza y el agradable furor de sus terribles seducciones, las ahogaba secretamente en su corazon. Su virtud serena sí, pero contrastada por el choque de esas oleadas que vienen á encrespar borrascosamente el mas cristalino y terso mar de la vida, levantaba un dique de bronce que contenia sus embates. ¡Dichoso jóven, para quien se abrió la vida con todos los encantos de la lisonja y que supo cerrar sus puertas de oropel, para entregarse á caminar heroicamente por la estrecha y escabrosa senda que conduce á las humanamente tristes y sin brillo de la cruz!

La gracia de Dios perseguia amorosamente á nuestro jóven, pues en la carrera de los justos hay instantes en que ella se complace en avalorar por el mérito del vencimiento los laureles que cortan á fuerza de fatigas sus pequeños héroes.

Creia el nuestro que no habia venido á su patria sino para emprender de nuevo sus estudios. Tenia hasta cierto punto derechos esta alma pura para que no se le inquietase en la eleccion de ellos, pues fiel á las inspiraciones de la virtud, no perderia la luz de su fanal en cualquiera profesion que fuese de su agra-

do. No fué así. Dedicóse al principio al estudio de leyes; pero lo abandonó despues de pocos dias para entregarse al estudio de la teología.

Su devocion y su fervor llegaron en esta época á su mas alto grado. Acudia á la oracion con mayor frecuencia que ántes, y su espíritu abstraído dejó escapar involuntariamente algunas muestras de tristeza, que llamó la atencion de sus padres y les hizo conocer que sufría. Sin embargo no se atrevieron á inquirir la causa, pues conocian, ó mejor sospechaban que algo de grande traia entre manos, y esperaron.

Por este tiempo sus compañeros de congregacion debian nombrar un nuevo prefecto para que dirigiese ese cuerpo singular por sus luces y especialmente por sus virtudes. Este honor no se da sino á los que se distinguen por el brillo de sus ejemplos y de una conducta verdaderamente intachable. Los jóvenes buenos tienen en designar y comparar los méritos de los que elevan á tal dignidad un criterio delicado. Todos con un voto unánime eligieron para ese puesto á nuestro Manuel, cosa excepcional y á que no pudo aspirar en iguales circunstancias el virtuosísimo joven Camilo Caicedo, á quien arrebató la muerte

en la mañana de su vida. Aceptó, pues, dicho cargo nuestro Manuel y se impuso la obligación de ser para con sus hermanos el ejemplo vivo de edificación y de santidad en todas sus acciones. Nadie como él iba á dar una direccion tan justamente heroica á su piedad, y de tanta fuerza para el recuerdo y el amor de la virtud en sus compañeros. Prendióse en estos la llama de una emulacion hasta entonces desconocida por todo lo bueno. Las prácticas piadosas se hacian con marcado fervor y su nuevo prefecto era el blanco de todas las miradas y como el centro de donde participaban el fuego santo de la devocion.

El que esto escribe recibió por entonces en Riobamba una carta de este jóven á quien habia profesado desde que le conoció en el colegio un tierno cariño. Nadie sabia hasta entonces las secretas violencias con que Dios le forzaba á entrar en la religion y separarse para siempre del mundo. "Estoy movido, decia, internamente por la gracia á servir de veras á Dios en la santa Religion de la Compañía de Jesus. No tengo mas temor que el que por mis pecados haya tal vez de sufrir un desaire de los padres, pues me considerarán, como lo soy, indigno de pertenecerles como hermano. . . . Yo no puedo estar en el mundo; me es un ene-

migo peligroso que debo huir con tiempo. . . . V. R. sabrá cómo me ha de encomendar al Señor para que yo siga su voluntad santísima y no pierda por un momento su luz que me es necesaria hasta coronar, si es posible, mi deseo. Siento dejar á mis padres, á mis hermanitos, á mi familia; pero en dejarlos sentiré despues gozo, cuando conozca el precio de abandonarlos por amor de Dios; ahora sólo siento la congoja del sacrificio, &a” Estas expresiones tan llenas de verdad, de candor y de sentimiento, solo puede escribirlas un jóven santo.

Recurriendo como quedá dicho, á la oracion y á la súplica, iba despejándose á su mente el objeto de sus anhelos, conocer la voluntad de Dios. Las sabias pruebas á que se sujetó con docilidad en los preliminares de su vocacion, le pusieron en clara luz el fin y los medios de conseguirlo. Disipárouse, pues, las nieblas y vacilaciones de su alma; quedó serena y tranquila; pero para entrar en una lucha que probó el heroismo de su virtud, venciendo el amor de la naturaleza en lo mas querido para él, sus padres y su familia.

XI.

Manuel tenia desarrollado el sentimiento

del amor á su familia en un grado extremo. Sabia hacerse cargo de la felicidad que inundaba el hogar doméstico y él mismo habia saboreado todas sus delicias. En su casa parecia ser todo, y en efecto su presencia derramaba el consuelo en el corazon de sus padres y la alegría en el de sus tiernos hermanos. Si alguna vez se dió cuenta de la paz inalterable de su alma y de ese perfume grato que se esparcia de satisfaccion y de contento, lo debia en gran parte, como él mismo lo atestiguó, á la ventura de tener padres que le amaban y á quienes la deuda de su amor era la mas pura de sus complacencias. Pero este amor vehemente le esperaba como un enemigo que él no podia aborrecer para hacerle sentir la mas amarga y difícil de las pruebas. Tomó el partido de combatirle primero por los flancos y tambien con emboscadas.

Tenia una hermana á quien amaba singularmente, y á esta niña fué á la que él eligió para declararles sus intenciones de hacerse jesuita. Encomendóla que de la manera mas fina y encubierta, y estando él ausente, dijese á sus padres ciertas palabras vagas que le enseñó, para ver qué efecto causaban en su ánimo al oírse las pronunciar. La inocente niña le sirvió con calor y entusiasmo, pues repetia diariamente lo que le habia oido decir á su

hermano, quien á su vez tomaba cuenta de lo que ellos habian respondido ó parecido sentir al escuchar sus recados. Sus padres por de pronto, no cayeron en cuenta de lo que podian significar tales expresiones, pues estaban acostumbrados á oir siempre de la boca de Manul esas máximas santas de virtud y de desprecio de las cosas humanas. Bien pronto las palabras de su hermana se hicieron mas acentuadas y, por los artificios de su hermano, aunque ella lo ignoraba, les declaraba de una manera bastante clara que pretendia servir á Dios de un modo perfecto, y encerrado en un claustro.

Su padre que lo entendi6, no di6 por el momento muestras de su profunda satisfaccion por tal nueva; pues su sabia prudencia prefiri6 celar en su corazon sus impresiones y no darle la menor se1al de aprobacion en sus palabras. Continu6 nuestro Manuel en hablar mas claro á su hermanita, y esta en servirle de nuncio y de intérprete para con sus padres. Su madre se desconsol6 grandemente: era el hijo que mas queria. Pero como tambien, ante todo, era una madre cristiana, se content6 con el silencio y con dejar libre curso á las lágrimas.

Veia desvanecerse en un momento las esperanzas que justamente habia concebido en favor de su hijo que por su saber y su virtud podia en

una carrera honesta ser en el siglo el apoyo de su casa y el sosten en su ancianidad. Sentia vivamente el dolor de una separacion eterna; y el pesar de perderlo por la ausencia aún en vida, acabó con su tranquilidad y constancia sujetas á tan violenta y sensible prueba. Nada decimos de su respetable padre, que por su posicion elevada en la sociedad, su mérito en las letras y sus servicios en la política altamente conservadora de su país, era natural que sintiese un acerbo dolor al perder un hijo que heredaría con honor sus talentos y sus luces. Con todo, la fe ilustrada de este Señor, fervoroso católico y acostumbrado á sacrificarse á Dios con el vencimiento de sí mismo, superó para con su hijo el amor que le tenia como padre, y vino en darle licencia para que pudiese seguir libremente los impulsos de la gracia divina.

Nuestro jóven bendijo con toda la efusion del agradecimiento una y mil veces á su padre, y conociendo que ese sacrificio costaba mucho á su sensibilidad, aunque no tanto á su virtud, le mostró su cariño en esos últimos dias con mayor fuerza y ternura que nunca.

Cortos sin embargo, eran los momentos en que podia contener su serenidad, ante sus padres; la naturaleza cuyo imperio sentia en su corazon le hacia temer que le fuese traidora,

y por esto con la misma frecuencia con que los veía, se separaba de ellos: alguna vez se humedecieron de lágrimas sus ojos y las dejó correr abundantes en el retiro de su cuarto, oyéndosele sollozar. No era esto en él una debilidad pusilánime que le inspirase algún sentimiento de flaqueza, no. Su temple de ánimo era conocido como su valor: amaba á Dios mas que á todo; su resolución era firme como una roca incontrastable; pero tambien amaba á sus padres, y este corazón sensible pagaba con el llanto el tributo que les era debido.

El mundo no tiene ojos puros para contemplar y admirar el heroísmo de este género de sacrificios que se consuman entre la gracia victoriosa y la naturaleza vencida. No tiene noble corazón para conmoverse ante estos espectáculos de una belleza trágica; pero encantadora y llena de divinas esperanzas é inmortales resultados de felicidad y de dicha en el porvenir. Como los objetos á quienes consagra su aprecio y su entusiasmo rastrean sólo con el tiempo y no en la eternidad, en el mezquino círculo de la vida terrena, y no en la invisible del espíritu y de la virtud; nada comprende; nada siente ante estos ejemplos, y por un contrasentido vergonzoso y vil, que no se explica si se muestra afectado por ellos alguna vez, es sólo con el afecto de la compasión ó del desprecio:

XI.

Pidió á sus padres y estos le concedieron gustosos la licencia de retirarse en el colegio para hacer los ejercicios espirituales de San Ignacio. Los terminó en nueve dias consecutivos. En ese gran libro, espejo donde se reflejan con sus verdaderos colores los destinos eternos é inmutables del hombre, su vida, sus pasiones, sus terrores y sus esperanzas, aprendió nuestro Manuel la ciencia de los santos y su alma se inundó de luces celestiales. No tenia mas que un solo anillo, de la larga cadena que arrastran otros jóvenes, el de su familia, que le unia á la tierra; su anhelo fué el romperle ó desasirse de él y cumplió su deseo con valor.

Salió de su recogimiento para dar el último á Dios á sus padres y recibir de ellos su bendicion. Los momentos que encerraron ese espectáculo de piedad filial fueron terribles á su corazon y estremadamente conmovedores á los que lo presenciaron. Abrazó á su padre con lágrimas de ternura, que obligó á que él las derramase de sentimiento y de pena. Su dolor le inspiró el contenerlas, y las contuvo, al llamar á su madre á un lugar apartado de la casa y verla bañada de ellas en abundancia. La esperó de rodillas y exclamó al sentirla que se dejaba

caer en sus brazos: "Madre mia, sabe U. cuánto la amo! Me separo de U. y de los míos para servir á nuestro buen Dios. . . Con mis oraciones y la excelencia de mi estado seré mas útil á mi familia, que permaneciendo á su lado. Dios nuestro Señor cuidará con su paternal providencia de U. y de mis hermanos. . . pido su bendicion!!.. "Abrazó en seguida á sus hermanos y algunos de sus deudos que lloraban inconsolablemente y bajó las escaleras de su habitacion para no volver á subirlas sino vestido de la librea de siervo de Jesucristo, y cubierto con el humilde sayal de religioso. Un amigo que habia dejado á la puerta de su casa y que notó los efectos que causaba en su ánimo la triste despedida, le acompañó al colegio de san Luis con el respeto que se merece la virtud al coronarse con una guirnalda de espinas. "Y bien, amigo mio, le dijo, porqué callas! He salido con felicidad de este último sinsabor que me ha preparado el mundo. Desde hoy seré feliz porque me voy á vivir entre los santos."

Sí, verdaderamente feliz y dichoso jóven, que entendiste con clara luz las vias del Señor! Tu heroicidad abrió una senda de ventura y de paz por donde á la huella de tus pasos brotaron flores de incontaminada pureza, y que con su perfume hicieron halagüeña y memora-

ble la hermosa carrera de tus virtudes y de tus triunfos.

Para undirse á las profanas miradas del siglo, faltaba á nuestro héroe ser actor en un espectáculo no ménos conmovedor que el que acabamos de describir: era la renuncia de su cargo de prefecto y la despedida de los que componian el cuerpo de la congregacion; esto es, de sus queridos compañeros, condiscípulos y amigos de colegio.

Admirados estos de su grande alma y enternecidos al oír sus palabras, lloraron muchos y le cubrieron de abrazos. Sus expresiones fueron sencillas y solemnes. Les reveló los secretos caminos que el Señor le habia hecho recorrer desde la infancia para prepararle á recibir la inestimable gracia de renunciar al mundo y servir á su divina Magestad en el apacible y sereno retiro de la Compañía de Jesús. "No creeréis, amados compañeros, añadió, que yo haya merecido tan alto don como es el de libertarme de las prisiones del mundo para atender al gran negocio de la salvacion de mi alma. Se me ha impuesto la obligacion de ser santo; rogad al Señor para que me conceda el poder y la voluntad para serlo. Si mi ejemplo os conmueve, yo os lo agradezco; siempre me habeis amado. Tampoco yo os olvidaré nunca en la presencia de Dios, á

quien pediré que paseis una vida feliz, llena de virtudes y terminada con una santa muerte &a." Uno de los jóvenes mas virtuosos y su entusiasta amigo tomó la palabra para responderle. Le colmó de elogios, publicó sus virtudes, y Manuel lleno de ruñor á tales muestras de estimacion y de honra, desapareció de las miradas de sus compañeros que le aplaudian.

XII.

Manuel habia llegado, á beneficio de la cristiana educacion de sus padres y por un instinto de piedad, á resolver el gran problema de la vida humana: la acertada eleccion de estado. Fué una de las pocas almas en quien sin obtáculos resplandecié esa divina luz que muestra á todo hombre el sendero, del cual es imposible desviarse sin comprometer fatal é irremediabilmente su predestinacion.

¡Cuán lastimosas son las ideas que sobre este grave y decisivo asunto profesa el mundo! Cuántos jóvenes guiados por la irreflexion ó sistemáticamente pervertido su sentido moral y cristiano por las mundanas insinuaciones de sus progenitores ciegos y por el escándalo permanente del siglo, vienen infelices á perder ese fanal sagrado de la vocacion que está destinado á conducirles á la vida y hacer positivos

sus destinos eternos!

Por desgracia ha venido á ser habitual entre los hombres ese hurto sacrílego con el cual se despoja á Dios del derecho inalienable de señalar por sí é irresponsablemente el estado de vida que cada uno debe abrazar para la salvacion de su alma. Este asunto importante y que en la economía de la Providencia pertenece esencialmente al dominio de la gracia, llega á ser en la práctica un juego que dirige la fortuna y que terminan por lo general la ambicion y el egoismo, raras veces la religion y la conciencia. Por esto si alguna vez la virtud que ha protegido los pasos de la adolescencia llega á exigir de algun jóven en determinadas circunstancias que sea fiel á sus inspiraciones, se ve esta en necesidad de abandonar el campo á las terribles sugestiones domésticas que la contradicen, y combaten sin tregua.

Únese á esto ese complejo pérfido de astucia y de seduccion que despliega el siglo para alcanzar la fácil victoria de pervertir, corrompiendo á la juventud. La alucinacion de las pasiones que á los jóvenes les ofrece el mundo y la profusion con que se derrama libre ese lago fangoso de máximas inmorales y doctrinas impías que forma la ilustracion alta-nera ó impudente de la moderna ciencia, sofo-

ca, aboga y mata en esa porcion querida de la humanidad el sentimiento de lo heroico y de lo grande. Trastornada así violentamente la juventud en la pendiente borrascosa de sus instintos, no es de extrañar que en ella perezca por lo general la forma divina del cristiano para dar lugar á los rasgos característicos y siempre fatales del vicioso.

Diriamos, puesto que la experiencia lo acredita, que la justa providencia de Dios no deja impune en los padres el delito de la perversion consentida por ellos de sus hijos, permitiendo que estos sean para aquellos una sombra funesta que robe su paz y envenene los amargos dias de su existencia.

No hay ventura mayor para un jóven puesto en relacion con sus destinos eternos, que el poderlos seguir libremente y bajo los auspicios protectores que inspira en sus padres el santo temor de Dios. Afortunadamente, sin faltar en la sociedad doméstica de nuestro pais otras personas que conocen en este punto cardinal sus deberes, los padres del que ahora nos ocupa sirven de un perfecto modelo.

La aficion de Manuel á la Compañía de Jesus fué volviéndose mas marcada á proporcion de sus adelantos en la virtud y en la piedad. Las luces que derramaron la una y la otra en su corazón, le hicieron apto para contem-

plár ese cuadro brillante de heroicidad, de sacrificio y de triunfo que presenta la Compañía en su vida íntima, y esta vista le arrebató el alma: No sabia hablar ni pensar sino de ellos. Efectivamente necesitaba este pequeño héroe de renacer en su seno y recibir por derecho esa poderosa marca de ínclito valor que forma la corona gloriosa de sus hijos verdaderos.

La Compañía de Jesus, tiene como la Religion augusta, pues de ella se inspira y vive el doble carácter de maestra y de madre para con los suyos. Nadie como ella ha sabido en la práctica educacion de sus hijos ostentar mas allá su amor y su sabiduría. Con perfeccion evangélica, ciencia vastísima y profunda, interpretada fielmente hasta en sus menores ápices y al ardoroso impulso de una caridad incesante, lleva el noble carro de sus victoriosos atletas por el mundo y muestra á este espectáculo de sublime heroismo y de elevada santidad que le arredran y desmayan. Nada puede llevar en su seno de mediano ni de mezquiño en lo que respecta á lo sustancial de su espíritu, la santidad propia y el celo de la gloria de Dios. Un Jesuita no tiene permiso para ser hombre flaco, le está prohibida toda debilidad: su alma y sus potencias están consagradas exclusivamente á su virtud;

ninguna aspiracion fuera del sacrificio, el combate es su vida, su corona la cruz y el descanso la muerte.

Mas en esta sublime esclavitud es donde goza de toda su libertad y adquiere proporciones colosales su mérito, y eterna recompensa sus trabajos.

XIII.

El 21 de noviembre de 1867 entró en el noviciado de la Compañía de Jesus este precioso jóven, dia en que celebra la Iglesia la Presentacion de nuestra Señora, y en la temprana edad de diez y ocho años para ofrecer á la contemplacion de los buenos, ejemplos sublimes y numerosos de heroica santidad y de virtudes eminentes.

La inocencia rodeada en el mundo de tantos peligros no puede decirse que vive, y si tuviera ojos y conciencia de sí misma se reconoceria infeliz; porque sufre. Su conservacion y la auréola de virtudes que la embellecen mas que esfuerzos de quien la posee son privilegios de Dios que la sostiene y efectos de su bondadosa Providencia. La época de su crecimiento y el desarrollo prodigioso de su actividad se cierne en las levantadas regiones de la religion, á donde no pueden llegar los vapores de la tierra ni las exhalaciones impuras del

siglo. Desde esas alturas es de donde se contemplan sobre la bajeza de un mundo que se pierde envuelto en las sombras de la vanidad, los altos destinos del hombre, su origen, su eterno fin. La luz de la virtud baña esos vastos horizontes, donde á su vez resplandecen con inmaculado candor la justicia y la bondad infinita, que como premio sonrien suavísimas á las esperanzas del justo y sirven de corona á sus pasajeros combates. Sólo allí se siente que el yugo del Señor es ligero y suave; sólo allí se saborean las dulzuras inefables del bien y las mismas tribulaciones anexas á un cuerpo de muerte que precariamente aprisiona á las almas santas, se convierten en delicias; pues son objetos que la economía de la Providencia los ha hecho de amor para los que elegidos por ella muestren en algo una correspondencia al exceso infinito de amor que Dios mismo les ha ostentado en los misterios de la cruz.

Es una alta filosofía, en fin, que no nos es posible desenvolver teóricamente, pues su grandiosidad y su belleza son prácticas y de ningún modo accesibles al entendimiento y á la pluma.

Manuel, en quien todo se hallaba dispuesto para hacer progresos en la santidad, se dejó arrastrar suavemente de sus encantos y la constituyó el centro y la meta de



todas sus operaciones. La naturaleza no halló lugar, desde el principio de su vida religiosa; la virtud habia asumido todos sus derechos sobre el jovencito novicio y le entregó con infatigable ardor á la carrera de la verdad, de la justicia y de la luz.

Enamorado de Dios y arrebatado á la contemplacion de sus excelencias gustó, como lo haria un ángel, de celestiales complacencias. No parecia que se ocupaba mas que en meditar. Su corazon ansioso de ser agradable á los ojos del Señor, buscaba un desahogo en el sacrificio de su vencimiento propio y en quitar de su alma el mas pequeño lunar que la pudiese afear.

La devocion y fervor que desplegaba en sus ejercicios espirituales y prácticas de devocion eran admirables. Habia tomado con denuedo el trabajo arduo de su perfeccion, haciendo sus primeros ensayos en lo mas dificil y elevado de la santidad religiosa.

Es el noviciado una disposicion preliminar que dura dos años para consagrarse despues de ellos á Dios con los votos religiosos. Allí se cultivan esmeradamente y sin descanso todas y cada una de las virtudes que forman el jardin de la gracia. Las máximas evangélicas sublimísimas vienen á ser en la vida del novicio un libro que se llama el libro de las reglas, y que debe

ejercer su actividad constante en guardarlas desde el principio al fin. Se diría imposible á la fragilidad humana que contempla friamente ese cúmulo de perfeccion, que encierra sacrificios sobrenaturales y de casi insoportable peso, el quererlos sobrellevar con valor. Pero la gracia de Dios los hace abrazar con entusiasmo y hasta con alegría. Por esto bellamente ha dicho san Francisco de Borja que el noviciado de la Compañía de Jesus era la casa de pan, el portal de Belen en la via de la santidad. En este seminario de ángeles poseen el privilegio de hacerse santos casi sin trabajo é ignorándolo ellos mismos: es como el halago de la santidad, la representacion de su belleza sin las sombras alarmantes de la austeridad, que despues se hacen visibles á los seguidores heróicos de la cruz en el apostolado.

Nuestro novicio que con mas ardor que ninguno de sus compañeros habia probado la dulzura de la santidad y vístola de cerca resplandecer hermosa con el íris celestial de sus encantos, fué tambien el que mas se aprovechó de sus luces y fijó en su alma sus mas puros rayos.

Brilló la inocencia de su alma con nítidos resplandores. Su pureza angélica no teniendo que temer ni del escándalo ni del mal ejemplo, se conservaba con todos los atractivos de la

amabilidad y de la paz. Las dotes que tenía en la vida del siglo se volvieron dentro de los muros sagrados de la religion en virtudes encantadoras. Su humildad era profunda: parecia poner su mayor ventura en ser el mínimo entre todos, y su gozo era grande al considerar que otros eran mejores, que él. Sus palabras fueron santas y siempre edificativas. La modestia de su porte y la candorosa sencillez de su conducta religiosa imprimian el respeto y la devocion en cuantos le miraban. Alegre, porque la virtud lo es y afabilísimo, entretenia en los ratos de recreo á sus hermanos con su conversacion dulce y afectuosa.

Es cuanto se puede decir y con una admiracion espontánea; que en todo el curso de su noviciado no se le vió jamás ninguna falta exterior, ni contravenir por descuido á ninguna de las reglas. Guardarlas como él las guardó, sólo fué propio de san Luis Gonzaga, san Estanislao de Kostka, el bienaventurado Juan Berkmans y otros varones ilustres que le sirvieron de modelo. Por esto fué una gloria para nuestro Manuel el saber imitar á esos dichosos Santos sus protectores y como ellos fenecer en la aurora de la vida, recibiendo una palma brillante y madura en la edad de la adolescencia.

XIV.

Llegó el tiempo de hacer sus votos religiosos y de consagrarse á Dios con la plenitud y los derechos de un hijo predilecto. Las ansias vehementes de que volase ese momento dichoso del holocausto mas completo y glorioso que puede hacer el mortal á su Señor; fué su constante anhelo. Llegó á temer el inocente jóven que su falta de virtud y de aprovechamiento en la santidad le hiciesen indigno de merecer esa grande gracia de la vocacion. Los santos son humildes y se presentan como acusadores de sus propias virtudes; creen que nada hacen, que nada ganan y nada tienen, cuando la mas abundante cosecha rodea el mérito de sus afanes y de sus esfuerzos. Quién merecia mejor que él que se le considerase dispuesto para hacer en las aras del Dios vivo el voto de castidad, de obediencia y de pobreza, cuando tenia el derecho de ofrecer al Señor un cuerpo vírgen, una alma rendida á su soberana voluntad, y un mundo cuyas pompas y vanidades habia despreciado desde la cuna!

Las delicias que inundaron su espíritu al llegar ese momento ansiado y suspirado fueron reales, pero permanecian siempre inexplicables como el misterio. Parecia que en ese

sacrificio de oblacion perfecta de sí mismo, tenia encerradas sus aspiraciones, y al gozar de su tesoro manifestó la mas dulce tranquilidad y paz á que puede ser acreedor mortal alguno. Su alegría habitual se convirtió como en una segunda naturaleza, y desde entónces jamás se vió en él la mas lijera sombra de tristeza ó de duda.

Contento hasta el delirio de ser hijo de la Compañía, se prestó anheloso y confiado á cumplir los pequeños ministerios que tienen por lo comun los escolares aprobados de los Jesuitas. "Soy ya Jesuita, decia con indecible satisfaccion, y ya puedo ocuparme en hacer algun bien á mis prójimos."

Pocas veces presenta la Compañía un hijo en edad tan tierna como Manuel al cuidado y educacion de los niños que ella santamente educa en sus colegios.

Su bello talento amaestrado ya en los estudios secundarios fué una ventaja para que los superiores le considerasen apto para ocuparse y dedicarse á la enseñanza.

Partió por su órden á Riobamba donde regentó la clase infima y média de gramática. Fué un pequeño apóstol en medio de sus alumnos, é hizo florecer entre ellos por la exhortacion y el ejemplo las mas puras y delicadas flores de inocencia, y santidad. Vivo retrato

del celo por la gracia de Dios se ocupaba en explicarles con arrebatadora elocuencia la belleza de la virtud, la hermosura del candor y los grandes premios que el Señor prepara para los que le aman y le temen.

Llamábanle sus tiernos alumnos su santo profesor y le querian con un amor entrañable, pues nadie tiene como la niñez el instinto de apreciar y venerar lo bueno. Sus hermanos en religion y sus superiores le rendian tambien el afecto que se merecia por su conducta ajustada inviolablemente á las reglas y espíritu del instituto. No habia humildad, moderacion, observancia y fervor como los suyos. Su virtud tranquila derramaba sobre el cuadro de las agitaciones sagradas de la vida religiosa un torrente de luz suave y amable que le hacia mirar como el prototipo de santidad en la juventud de la Compañía.

XV.

Esta tierna Madre habia en efecto formado en breve tiempo un hijo perfecto y tenia en él sus complacencias y las mas gratas esperanzas en el porvenir. Sus cuidados alcanzaron un éxito maravilloso, pues no habia consejo ó máxima de alta perfeccion que no se gravase en su alma profunda y tenazmente.

El brillo de su obediencia resplandecía vivo en la universalidad de las reglas que gobernaban sus menores acciones, y ofrecía este joven privilegiado el espectáculo raro de una santidad ejemplar y verdaderamente heroica en sumo grado.

Es un error ceer que no puede hacerse un hombre santo sino con las austeridades severas de la penitencia y las maceraciones temibles que destruyen y aniquilan un cuerpo de muerte. En hora buena que se laven con lágrimas las manchas contraídas en una vida que marchitó el soplo abrasador de las pasiones feas y consumió el delito; pero esa rigurosa y sabia ley del arrepentimiento no es sustancial en los que como nuestro Manuel, jamás ajaron la pureza de su alma, ni contaminaron el lustroso lirio de su inocencia. Para estos empieza la santidad donde acaba la de aquellos. Necesita la virtud librarse de los demas vapores de la tierra y ejercer su actividad en la atmósfera tranquila de un cielo sereno vestido de indeficiente luz. Aquí lleva á sus hijos la Compañía de Jesus, y no se halla contenta sino hasta conseguir que cada uno de ellos se transforme sobre ese firmamento en un lucero resplandeciente que publique la gloria del Señor y su grandeza. Es verdad que algunas veces estan al rodar en esa esfera ciertos acreó-

ñitos que precariamente se inundan de luz, pero cuyo peso superior á la fuerza con que giran en torno de su mezquina órbita, los impulsa en el tiempo ménos pensado á caer sobre la tierra. Rara vez se ven tambien cubrirse de sombras ciertas estrellas de primera magnitud y desaparecer enteramente en el espacio; mas esto no sucede sin razon y sin designio. El ejemplo en esos casos no introduce el desórden del escándalo: á lo mas viene en conclusion á deducirse que los que obran su salud eterna deben trabajar con temor y con temblor; pues la perseverancia en el bien no es una condicion de nuestra naturaleza, sino un don gratuito que Dios concede á sus elegidos.

Era intensísimo en nuestro jóven el dolor que le causaba el ver separarse del seno de la Compañía á los que él habia llamado sus hermanos. No sabia atinar á darse cuenta de cómo podia suceder esa, que él llamaba desgracia suprema. La ingratitud que marca alguna vez la huella de algunos de sus prófugos le llenaba de asombro. Despídense sin amor de una Madre á quien deben educacion, costumbres, ciencia y prestigio; cargan con sus favores y con sus dones, y sellan con el olvido y la indiferencia el primer paso que dan para entrar de nuevo á un mundo que ántes abandonaron. Sin embargo nunca la virtud, si ella es verdadera, se

exaspera ni indigna contra este género de debilidades deplorables; ella saca del mal el bien y se alienta con mas vigor en su carrera, á pesar de que vea á algunos descaecer en el camino.

Nuestro Manuel sacaba de esto grandes ventajas para conservarse en la perfecta humildad de su ánimo, único asilo donde no puede entrar nunca la tentación con sus turbaciones. El amor que profesaba á la Compañía era singularísimo, y, si cabe algun exceso en este deber de justicia y correspondencia filial, excesivo.

En sus escritos era el tema especial en que desenvolvía el amor en mil formas; todas llenas de entusiasmo y de cariño. Sus oraciones eran dirigidas al Señor y á la Virgen para merecer el don de perseverar hasta el fin en tan augusta y santa Religion.

"Yo estoy cierto, escribia, que si vivo en la Compañía y merezco morir en ella, no sólo me he de salvar, sino que tambien he de tener un lugar muy alto de gloria en el cielo. Si hay algo en mí á los ojos del Señor, eso lo debo exclusivamente á la Compañía: ella ha dirigido mis pasos, ha velado en mi conservacion, me ha quitado todos los obstáculos en la marcha de la santidad y me conduce en sus brazos, por la obediencia, al supremo fin de mi desti-

no, el cielo. . . Seria un ingrato, un monstruo, si por mis pecados la llegase á contristar ó serle desleal y pérfido, traicionándola ó abandonándola. No, Dios mio, ántes, quisiera mil veces dejar de existir. Sé que su abandono seria para mí tu abandono, &a."

En estos términos se expresaba este amador sincero de la Compañía, que le habia proporcionado desde su infancia las luces de la ciencia, y, como hijo suyo en la adolescencia, la heroica corona de méritos y de virtudes que ceñia su frente.

XVI.

Alma tan hermosa y linda no era digna de la tierra ni del mundo. Conoció que su existencia no podia ser larga en la vida mortal y que le llamaba Dios al pronto goce de sus placeres eternos. Hemos quedado pasmados al leer los apuntes que encierran sus inspiraciones y favores especialísimos con que Dios comunicó á esta alma santa sus futuros designios sobre él.

"El Señor me ha destinado para santo, escribe en uno de sus papeles. Me ha puesto en la Compañía y me ha dicho por medio de sus reglas, que mi fin primario es mi santificacion. Y no contentándose con esto me ha hecho entender varias veces que me tiene destinado para

tal. He sentido en mi alma, en el centro de mi corazón estas palabras: *Yo tengo el designio de hacerte santo; este es mi proyecto; pero como esto no sólo depende de mí, sino también de tí, te hago saber mi voluntad para que cooperes conmigo y arregles tu vida según ella.* "Y para más persuadirme de esto ha mandado á su querido siervo el B. Berckmans que me asegure en nombre suyo, *que está dispuesto á concederme todas las gracias necesarias para hacerme santo.*"

Como una muestra de no haber perdido nunca la gracia de Dios con ningún pecado mortal, transcribimos las siguientes líneas. "Guardando mis reglas me he librado del más grande mal que hay en este mundo, del monstruo horrible del pecado, que por no cometerlo querría más bien morir mil veces, reducirme á la nada, y más bien arder en el infierno que ofender gravemente á mi Dios y mi Señor. Ya le he rogado que nunca permita esto, y que si ve que voy á pecar, que me quite en el momento la vida. Me ha dicho el Señor que *guarde las reglas* y me ha prometido y jurado (cosa que no lo hace siempre, sino en aquellas cosas que quiere recomendarme mucho) que si esto lo hago, nunca pecaré mortalmente, y mientras permanezca en la Compañía es moralmente imposible que peque gravemente."

Escribiendo á San Luis le decia. "Aunque no merezco que me alcanceis ninguna gracia, sin embargo confiado en vuestra amorosa proteccion, os suplico, Santo y hermano mio, que me alcanceis de Dios una tierna devocion al Corazon Santísimo de Jesus y á la Vírgen Santísima; una pureza angelical, espíritu de oracion y mortificacion y la perseverancia en la Compañía. Finalmente, una pronta y feliz muerte. Llevad pronto al cielo á vuestro ínfimo hermano y gran pecador, Manuel Herrera."

Por conclusion, estaba cierto de que no viviria mucho, y así lo tenia apuntado en un cuaderno que escribió el año 1869. "Tengo seguridad de que me he de ir al cielo y pronto, pronto." En agosto, no se sabe de que año, debió de ser del pasado, escribió, parece increíble, lo que transcribimos. "Si peleo con constancia y con valor iré á recibir el premio dentro de *siete meses*. Sígueme que la victoria es cierta y te prometo yo que dentro de siete meses triunfarás. ¡Qué ventaja tan grande tienes! Conseguir el premio por siete meses de padecimientos! ¡Qué favor tan grande, qué beneficio tan insigne! Cuánto me ama mi Dios ¡Quién no me envidiará?"

Ni sólo se contentaba con esa certeza, sino que hacia novenas á los santos para morir. Los votos de esta alma pura iban á ser oídos y realizados en efecto.

XVII.

Tocamos ya con el último período de la vida de nuestro incomparable Manuel. "Me hallo asombrado, escribia á su padre al cumplir el tercer año de su vida religiosa, viendo como ha volado el tiempo: no me parece que han pasado sino tres dias. Y al considerar detenidamente la inmensidad del beneficio que el Señor me ha hecho sin merecerlo, librándome de tantos peligros del mundo y colocándome en este lugar de santidad, me hallo confuso y no sé cómo agradecersele. Yo conozco que esta gracia debo á la Virgen Santísima, á la cual he tenido (¡qué humildad de alma!) alguna devocion."

Habia sido efectivamente su tierna Madre, y esta Reina de pureza no quiso que tan precioso lirio perfumase otro olfato que el suyo en las regiones del cielo.

Una aguda enfermedad contraida en Riobamba fué el prenuncio de que sus oraciones eran aceptas al Señor. Concibió por ella una predileccion verdadera, pues la consideró como un singular favor de la gracia que suavemente le disponia á consumir en el dolor los instantes últimos de su vida.

"Siendo del santísimo agrado de Dios nuestro Señor, escribió á su Padre, el que yo no goce de perfecta salud, esto es lo mejor; puesto que su Majestad todo lo ordena para

su mayor gloria y nuestro mayor bien. Lo que importa es que sea en la robustez, sea en la enfermedad, le ame y le sirva. Y considerándolo bien, vale mas y es mejor librarse de la cárcel de este cuerpo y unirse con el centro de nuestro corazon, que es Dios.”

Aumentóse la vehemencia del deseo de morir; con la enfermedad; no podia soportar el detenerse por largo tiempo en el campo mortal de nuestras miserias y de nuestras dolencias.

Vino con gusto á Quito llamado de sus superiores para que la medicina y el aire patrio cortasen los progresos de sus padecimientos. No fué posible su restauracion. Fué maravillosa su paciencia en los dolores que su virtud hizo servir de cátedra desde donde predicó las mas excelentes y heróicas pruebas de una mortificacion ejemplar. Humildísimo, y sólo obligado por la obediencia, recibia algunos cuidados que la caridad de sus hermanos prodigaba al estado delicado de su salud. Nunca pidió nada de lo que necesitaba, ni se quejó una sola vez de los lentos dolores que le iban aniquilando.

El sufrimiento no le quitó nada de su amabilidad ordinaria. Postrado ya en la cama á principios de febrero, su serenidad tranquila y su paz profunda, ~~de~~ ^{eran} los destellos supremos de quien mira ^{sonreirse} á su vista la imágen de la gloria colocada y pronta para cubrirle con sus brazos (en los dinteles de oro de

la eternidad. Conversaba afablemente con sus hermanos y aunque se le veía sufrir de una manera viva, su modestia y grandeza de alma ocultaba todo el rigor de su mal con la sonrisa y alegría de un ángel. Los médicos que le asistían hicieron todos los esfuerzos posibles que les proporcionara el arte para salvar su vida; mas él se contentó sólo con ofrecer en su posturación á su vista espectáculos de edificación que hasta entonces no habían presenciado.

Vió venir á la muerte sin temor, la abrazó con alegría y durmió el sueño de los justos en el ósculo del Señor, el día 24 de febrero de 1874, día de san Matías Apóstol, á la edad de 24 años.

Así desapareció de entre los vivos la imagen bella de ese jóven virtuoso, que immaculado pasó como una ráfaga de luz por los oscuros senderos de la vida terrena, para ocultarse y hundirse en el océano de los divinos resplandores.

Feliz si la juventud cristiana de nuestro país, á quien dedico estos rasgos cortos que describen la hermosa figura de un santo, despierte en su corazón los nobles sentimientos de la emulación por sus virtudes, sus ejemplos y su triunfo.

Quito, 10 de marzo de 1874.

M. G. G. S. J.